

La naturaleza y la gente: una sola comunidad

El cerro de Maco, en el municipio de San Jacinto, es el punto más alto del departamento de Bolívar. En sus faldas nacen arroyos que van a dar a los municipios de San Juan, San Jacinto, Carmen de Bolívar, María la Baja y Sucre. Eso hace que las tierras de la vereda Brasilar, ubicada en esas faldas, sean diferentes a las de su entorno: son tierras frescas, muy productivas y conservan algunos remanentes de bosque seco tropical.

El Cerro de Maco hace parte de los Montes de María, una zona muy azotada por la guerra en los albores de este siglo. Esa guerra desplazó a los habitantes de la vereda, que a lomo de sus animales debieron recorrer de salida los 13 kilómetros del tortuoso camino de acceso que los separaba del casco urbano de San Jacinto, dejando atrás sus cultivos de cacao, plátano, ñame, maíz, yuca y algunos frutales.

Hacia 2005, las 17 familias que volvieron a la vereda decidieron organizarse para obtener apoyo para salir de nuevo adelante. Crearon Asobrasil, la Asociación de Productores Agropecuarios de la vereda Brasilar. Sembraron aguacates pero les llegó la afitóptora, una enfermedad que asola a ese y otros cultivos, como los cocoteros, los zapotes y la guanábana, que también tenían sembrados. Con apoyo del PNUD y de alianzas productivas probaron con el cacao, pero ese fruto tiene una amiga muy dedicada: la ardilla y, como se sabían cuidadores de la naturaleza decidieron no atacarla.

En esa brega apareció la posibilidad de participar en A Ciencia Cierta ECO y decidieron proponer la restauración del bosque seco tropical mediante prácticas agroecológicas que también fortalecieran los sistemas productivos nativos, pues ya se encontraban trabajando en el tema con el apoyo del PNUD. La votación los favoreció y un tiempo después comenzaron a trabajar en su proyecto.

“Empezamos a trabajar en la protección de esas fuentes hídricas que tenemos acá en el cerro de Maco —comenta Pedro Vásquez, vicepresidente de Asobrasil—. Con el primer proyecto del PNUD y luego con el de A Ciencia Cierta comenzamos a hacer las rondas hídricas, a sembrarles maderables, lo que también hicimos en los arroyuelos y cañadas, cultivamos de ambos lados maderables y en algunos sitios dentro de los bosques con el ánimo de no talar más, establecimos cultivos alternativos como frijoles o guandules”.

También sembraron guayaba, guanábana y níspero, con el doble propósito de recolectar la cosecha y vender, pero también —como con el mango—, con la

intención de proveer alimento a los micos titi cabeciblanca, colorados y prietos que abundan en su entorno.

Para adelantar ese proceso construyeron dos viveros de los que salieron más de diez mil plántulas para sembrar y hoy siguen alimentando las prácticas agroforestales del grupo.

El esfuerzo de reforestación y conservación ha servido también para reestablecer el corredor biológico que comunica esos bosques de la vereda con el santuario de flora y fauna Los Colorados, que está en el municipio de San Juan Nepomuceno. “Encontramos que los animales del santuario ya no se estaban comunicando con los animales de acá, ni se estaban reproduciendo —comenta Pedro. Con esos cultivos ya ha cambiado la situación, hay más comunicación y los animalitos pueden desplazarse y reproducirse más libremente. La pava congona, que es insignia de la zona ya se traslada al santuario directamente, haciendo escala en los cultivos de maderables y frutales que establecimos en los arroyos”.

Esa actividad la han complementado con acciones de sensibilización en las comunidades aledañas, con lo que han logrado evitar la tala en los bosques, la caza de animales y las quemadas, que ya son mínimas y están controladas.

Precisamente como parte del proyecto instalaron un conjunto de señales dirigidas a los cazadores para evitar la depredación de la fauna y en especial de la pava congona, que por su tamaño y la calidad de su carne, era muy demandada.

Además han reducido el uso de agroquímicos, pues han aprendido a preparar abonos orgánicos con desechos y materiales naturales de la zona. Justo con ese propósito y con el apoyo de la ONG Sembrando Paz, de Sincelejo, visitaron una zona del Carmen de Bolívar donde habían instalado un biodigestor, para conocer sus ventajas y aprender a manejarlo. “Entre ellos y nosotros hicimos el esfuerzo, compramos el tanque y los implementos que se requieren con los recursos de A Ciencia Cierta y se instaló. Lo pusimos a funcionar y ahí está el biodigestor. La idea es que a futuro cada una de las viviendas tenga uno”, comentó Pedro.

Esos biodigestores les permitirán reducir la tala y consumo de leña, así como la generación y propagación de humo, que resulta nocivo para la salud.

Asobrasilar también le propuso a A Ciencia Cierta montar un apiario de abejas meliponas, sin aguijón, para ponerlo en producción. Para ello contrataron a un experto que los capacitó y se pusieron en la tarea de recoger las abejas. “Capturar meliponas no es igual a capturar abejas con aguijón, estas abejitas hay

que salir, identificar donde están, y tratar de que lleguen a la caja y ahí hagan su propio producto. Son unos animalitos bien mansitos pero bastante delicados y hay que tenerlos en la casa porque deben estar en la sombra”, refiere Pedro.

Así que cada familia tiene su caja de meliponas en casa, pero además tienen un apiario comunitario que ya está comenzando a producir miel para la venta.

Cuenta Pedro que todo este esfuerzo del proyecto impulsado por A Ciencia Cierta les ha cambiado su visión de la organización y de lo que pueden lograr con el trabajo colectivo. “Es que en este proyecto teníamos la oportunidad de trabajar juntos cada semana y siempre nos encontrábamos haciendo alguna actividad, lo que nos hizo ver nuestras posibilidades como grupo. Y lo otro —afirma— es la creación de la conciencia de la conservación, porque si hacemos conservación ya sabemos que la naturaleza progresa y si la naturaleza progresa, progresamos nosotros como comunidad, progresamos como familia, como personas”.